

- Voy a comunicarme con tu subconsciente a través de los dedos. Si levantas algún dedo de la mano derecha, elige cuál, quieres decir “sí”; si es alguno de la mano izquierda, significará “no” – indica Francesca Sants, una vez metida en faena con Martín Florida, quien descansa en el diván con los ojos cerrados.

Están en plena sesión de hipnosis, a punto de iniciarse la cuenta atrás para aterrizar en otra vida, si es que existen, piensa Martín, aunque no lo manifieste. Él se cuenta entre los reencarnacionistas, pero íntimamente tiene dudas. En este momento, está a la expectativa, siente gran curiosidad por lo que va a suceder. No todos los días toma uno un jet con destino al pasado remoto. “¿Llevaré carburante suficiente? ¿Cuántos litros harán falta para ir y regresar?”, se pregunta, tratando de quitarle importancia al momento; importancia y canguelo, porque las bromas en realidad pretenden ocultar el achante que tiene. “¿Y si no regreso o lo hago diezmado, o tocado del ala?”, se pregunta. “¡Mira que eres imprudente! ¿Qué te obliga a meterte en estos berenjenales?”.

Mientras Francesca trata de inducirle, él se machaca con preguntas y varias veces está tentado de abandonar. Va a iniciar una experiencia que le puede llevar a descubrir un Martín en otras vidas que no le guste nada; ¿y si se encuentra con su abuelo en el ciberespacio mental,...? ¿Cómo reaccionaría? En su Tratado, página 50, alude a esa posibilidad. Es más, en ese mismo capítulo, asegura que ambos han estado muy unidos en todas sus vidas.

- ¿Puedes acceder a recuerdos más lejanos? - continúa Francesca, pasados unos minutos, Martín no sabe cuántos porque una vez se entra ahí la noción del tiempo cambia.

Hay un pequeño lapsus de silencio y poco después mueve su dedo corazón de la mano derecha, ajeno a su voluntad.

- ¿Puedes llegar a un momento muy antiguo que te gustaría revivir? - insiste ella, a continuación.

De nuevo actúa el dedo corazón de la mano derecha como si tuviera vida propia.

- ¿Te encuentras ya en ese momento? - inquiriere, segundos más tarde.

Una vez más, Martín hace el gesto de afirmación con el mismo dedo.

- Ahora puedes hablar – señala su guía -. ¿Dónde estás?

Físicamente se encuentra tendido en el sillón, con las piernas sobre un reposa pies, está quieto, totalmente relajado, el cuerpo no le pesa o pesa tanto que no puede ni sentirlo, pero mueve la lengua en un gesto involuntario, siente los labios resecaos y luego dice.

- Me veo como si estuviera atrapado. Tengo la sensación de que estuviera dentro de algo, una bolsa, una barriga, no sé, me parece que hay un feto ahí dentro – señala, viendo claramente la cara de ese feto que está inmerso en una especie de nube líquida oscura y azulada -. Pero no sé cómo salir de ahí.

Su voz suena clara y algo emocionada, le altera ver con semejante nitidez lo que podría ser un embrión humano en una tripa. Lo ve desde fuera, como un espectador que se ha colado en el vientre de su madre, porque sospecha que debe de ser su madre y el feto debe de ser él. Es grande, su piel esta arrugada y flota cómodo en el líquido amniótico. Si Francesca le hubiera dejado, hubiera estado más tiempo ahí, disfrutando de su propia placidez, pero la psicóloga toma velocidad.

- Vamos más atrás en el tiempo - dice, y Martín comienza a respirar con más profundidad. El pecho es lo único que se mueve del cuerpo – .Ve a otro momento que tu subconsciente va a querer revisar –, añade, y se queda callada.

El silencio se apodera de la sala mientras él busca información en algún lugar que desconoce. Ve oscuridad y se mueven, trepidantes, algunos colores que zigzaguean en su pantalla mental. Se encuentran en una de las habitaciones de la clínica *Deseos*, a finales del invierno. Fuera, en la jungla del alquitrán, el gasoil y el cemento la temperatura es fría, la gente camina apresurada, atada a sus bufandas y armada con paraguas, llueve mucho este mes. Pero en el despacho de Sants hay calefacción y apenas se oyen más que ruidos de tuberías, pasos y lejanas voces. Para Martín sólo son detalles que apenas percibe, se encuentra en otra dimensión y aun así se pregunta cuántos yoes tenemos; al menos tres, concluye: el del feto, el que ve al feto y el que descansa en el sillón y está pendiente de todo, fuera y dentro de la mente. O quizás sean dos, sí, porque el que yace tumbado y quien ve al feto pueden ser la misma persona. Cuerpo y mente de un mismo ser. En ese momento, Martín se acuerda de su abuelo, pero el recuerdo es fugaz. “Mejor no complicarme la vida” se dice, pero esa dualidad o trilogía de personalidades le resulta clara. Siempre lo fue, por eso mientras los demás castigaron a su abuelo, él tiene dudas sobre si perdió o no la razón. Aún le persigue la última conversación que mantuvieron juntos. Rogelio Unzué estaba lúcido, sabía quién era y sabía de qué se le acusaba. También le dijo por qué se comportaba como lo hacía: esquivo y violento. El tiempo, su tiempo, su reloj de arena le obsesionaba. Sabía que le quedaba poco y que si no actuaba si no se dedicaba de lleno a aquello que le colmaba, no podría encontrar las soluciones que perseguía. Estaba atrapado. “Debió de ser angustiioso”, piensa Martín, pasajeramente.

- ¿Dónde estás? – inquiera persuasiva, Francesca.

- No lo sé – comienza a hablar -. Hay una calle con coches... - de repente ha cambiado de ubicación.

- Continúa observando – sugiere.

- Voy vestido con traje – señala.

- ¿Te ves a ti mismo?

- No, es otra persona, pero todo me dice que debo de ser yo – responde Martín.

- Bien, métete dentro de esa persona, siente que ahora tu perspectiva es la que tiene él desde su cuerpo, desde dentro - plantea la psicóloga-. Describe qué estás viendo alrededor.

– Gente que pasa por la acera, coches, saludo a muchos, me conocen todos y yo a ellos - responde Martín.

La voz de Francesca suena profunda y amable, lo suficientemente seductora como para atraparle, para ganarse su confianza. A Martín le trae recuerdos de la infancia, cuando los días se dividían entre los que estaba bien y estudiaba, y los que le atacaba el asma y las pasaba canutas, mientras una voz interior, más aguda y alegre que la de Francesca, le contaba cuentos, historias maravillosas. Esa voz y esos cuentos le ayudaron a soportar la enfermedad.

– ¿De dónde sale esa voz? - preguntaba y preguntaba el niño Martín porque las respuestas que recibía no le convencían.

Algunos de esos cuentos los recordaba una vez pasados los accesos de tos y los escribía en su diario, que aún conserva. A veces los releía, le daba placer hacerlo. Y muchos, sino todos, han ido a parar a la colección que ha publicado hace unos meses. Es el tercer tomo de cuentos que escribe Martín Florida Unzué, la voz que habla al alma de los niños, así le han dado a conocer al público. Cuestión de marketing editorial.

De aquellas noches, de aquellas tardes, tristes y dolorosas, sólo le queda el sonido de esa dulce voz,

lo demás, la tos, el dolor,... los ha olvidado. “¿Quién quiere colgarse un mal rollo del cuello? Cuanto antes te lo quites de encima, mejor”, asegura, firme. Pero la voz... la ha estado buscando cada noche... y han pasado años.

- Esa voz podría ser la tuya, puede que estés practicando auto hipnosis – le diría su abuelo años después, cuando ya pudo entender de qué iba la hipnosis -. Pudiste construir un yo que aislaba o reducía la enfermedad a un plano menos doloroso. Luchaste contra la enfermedad con tus armas, las que pudiste encontrar. Diría que has utilizado de manera espontánea técnicas de control mental, o ¿sabes qué?, técnicas que aplicabas en otras posibles existencias. Puede que en otras vidas, si las hay, hayas sido yogui o mago, o mentalista.

Por aquellas fechas Rogelio Unzué no acababa de creer en la reencarnación.

- Pero no era yo, abuelo, era una voz femenina, de alguien... - insistía Martín
- ¿Le viste el rostro? ¿Por qué sabes que era femenina? La voz de un niño y de una mujer a veces tienen un timbre parecido – le aclaraba.

Sea como fuere, la voz de Francesca es distinta. La de su infancia era la de una amiga, la de alguien que te invita a pasear o a leer, alguien alegre. La de Francesca es una voz vigilante y persuasiva. Martín sigue con los ojos cerrados y permanece absorto en un espacio que la doctora califica de subconsciente, pero a saber en realidad en qué encrucijada se encuentra. Lo que ve lo observa con una nitidez aplastante, pero... ni la ciencia sabe cómo se produce el pensamiento, ni el sueño, cómo funcionan los mecanismos de la memoria o qué son exactamente cerebro y mente...; así que, ¿qué puede contar de lo que ve y le sucede mientras está tumbado en la segunda planta de este edificio de Madrid? En apariencia sólo puede decir que está en territorio hostil, por desconocido, en tierra de nadie o inmerso en una fantasía más. En cualquier caso, se dice aliviado:

- Así que es esto a lo que le llaman regresión hipnótica..., ¿Se supone que podría estar en otra vida? ¡Guaauuuuu!... ¡Qué maravilla!. Espero volver entero.

\*\*\*\*\*

El día que Martín conoció a Francesa Sants iba de blanco de arriba a abajo. Blusa y pantalón blanco y los pies metidos en unas sandalias blancas. Hasta el prendedor del moño, tiene el cabello pelirrojo, era blanco, parecía de marfil. Debía de tener un uniforme similar para cada día de la semana, todos blancos, como las horquillas, las pinzas o las gomas. “Desde luego, no se complica la vida con el vestuario - se dijo Martín -, le dedica menos tiempo que yo”.

- Sígueme, por favor - le dijo tan solo, cerrando después la puerta de la calle.

Martín, ese día, vestía *casual*, como siempre, no se pone otra cosa ni cuando le entregan premios, que le entregan pocos, lo que le evita el engorroso asunto del qué me pongo. Habría que añadir que aunque termina siempre con vaqueros o con unos pantalones de lino, o de algodón, camisas de seda desabrochadas, de colores neutros y un foulard o un pañuelo al cuello, o algo por el estilo, suele dedicar unos minutos a pensar en qué ponerse. Él es así en cuestiones de vestuario, decidido, pero aparentemente indeciso. Cabe añadir que también lo es en cuestiones culinarias, decorativas, en gustos literarios, cinematográficos, televisivos, artísticos... y de pareja.

Es un hombre de costumbres sencillas que pretende creer de sí mismo que es distinto a los demás. Todo porque no tiene horarios fijos de trabajo, ni de sueño, ni de nada. Se levanta cuando quiere, se acuesta cuando le parece y en general, salvo circunstancias especiales, va donde desea y cuando le